

Al sitio donde estiendo la ancha copa,
Difundiendo su sombra hospitalaria;
El árbol que plantaron sus abuelos
Junto a la era del trigo.....Qué bizarrera!
¡Qué hermosos son sus pasos! ¡Bien venida
Sea la niña que esta tumba aguarda!

En el barbecho, entre los negros sulcos
Que humedecieron del abril las aguas,
Cerca del bosque donde implumes chillan,
En su nido que cuelga de las ramas,
Los hijos de la alondra, la doncella
Una florida cruz, tímida planta:
Cruz que bendicen en alegres coros
Bailando los pastores i zagalas;
Cruz formada de mirtos i de rosas,
Que se eleva graciosa i solitaria
A la márgen de arroyo cristalino,
A la vista de altísimas montañas;
Cruz que saluda el peregrino errante,
Siguiendo silencioso su jornada,
Viendo en sus brazos la ave del desierto
Que aliza i pule sus lustrosas alas.

¡Qué olor tan grato viene de las selvas!
¡Cómo cuelgan pomposas las guirnaldas
Sobre los viejos carecomidos troncos!
Oh! ¡cuál las mecen las volubles auras!
Aquí desceñella la fragante rosa
Reina del bosque entre tupidas ramas;
Allá la verde yedra i los jazmines
Se miran retratados en las aguas;
El buey aquí descansa perezoso,
I mas allá las ovejas mansas
Las flores del tomillo van pastando
Cerca del río. ¡Hermosa i animada
Rústica escena, que a la par cautiva
Los ojos de la carne i los del alma!
Sí! que la alba, en su vuelo, se remonta
De la historia a las fuentes; i con rápida,
Con inmensa mirada los sucesos
Recorre por los siglos, i se espacia
Do el hombre no ha llegado, si atrevida
Una vez tiende sus inmensas alas.

La cruz era un patíbulo afrentoso
En los tiempos de César: la preclara
Sangre de un Dios emboblecio el madero,
Por la salud del mundo derramada,
Cuando Jesús, triunfando del infierno,
Las sombras de la muerte desterraba,
I se cumplía de la lei el texto,
I lo que los profetas anunciaram.
Entonces las coronas de los reyes
Se homaron con la cruz, i en las mas altas
Torres del Capitolio ya cristiano,
El Lábaro triunfante tremolaba.
Colon, mas tarde, atravesó los mares;
Buscaba un Mundo, i lo encontró: en sus playas
Fija una cruz, i al *Salvador* invoca
Dándole humildes, espresivas gracias.
Siempre una cruz, cual signo de victoria,
Siempre una cruz, cual vencedora palma,
Veo en las manos del guerrero invicto,
O del mártir sublime que derrama
La sangre por su lei. Siempre ese signo
De fé, de caridad i de esperanza,
Que los cielos, la tierra i el abismo
De pasmo llenos con temor acatan.
Las naciones con él se civilizan;
Prósperas crecen i la paz allanzan;
Por esa cruz el hombre se emancipa;
En allas voces Libertad proclama
Del norte al sur, i del oriente a occaso;
La faz del mundo se renueva; i alza
El linaje de Adán la alliva frente
Que el lodo de la culpa destruyó
I despues del naufragio de la vida
¡Oh! de los hombres ceguera extraña!
Solo una cruz, en que se lo compa
Del que ha peado el mundo seña;
Cual de la nave el rato mastelero
Que encima de las ondas solenada.

Tales ideas a mi mente trae
Esa mística Cruz de Mayo, alzada
En mitad de los campos. Ah! ¡felice,
Tres veces venturoso quien en su alma
La lleva impresa, i solo se gloria
En ella, i mira toda la mundana
Pompa del siglo, como el polvo leve
Que alza de la era el viento con sus alas!

Ubaque, 3 de mayo de 1850.

JUAN F. ORTIZ.

Jaime Balmes, su vida i sus obras,

por A. DE BLANCHE-RAFFIN.

De todos nuestros lectores es conocido el nombre ilustre de Jaime Balmes. Su obra principal, *el Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*, escrita en 1842, traducida inmediatamente por M. de Blanche, e impresa a un mismo tiempo en Francia i en España, ha colocado al autor en el rango de los mas distinguidos publicistas de nuestra época. Esta publicacion capital, fué precedida i despues continuada por otros escritos de mayor importancia. Cuando se ocupaba en sérios trabajos sobre la Filosofia cristiana, la muerte sorprendio a Balmes el 9 de julio de 1848, antes de haber cumplido los 38 años de su edad. El volumen que hoy publica M. de Blanche, como lo indica su título, tiene por objeto hacer conocer la vida i las obras del publicista español, su vida por una narracion rápida i animada, sus obras por un analisis fiel. Este escrito es una especie de introduccion a la publicacion completa de sus obras filosóficas que traduce actualmente M. de Blanche.

Puede decirse con toda exactitud que la vida de Balmes son sus obras. Fuera de esa tarea de cada día que le hizo salir de la oscuridad, nada mas sencillo en efecto, nada mas ordinario ni menos novelesco que la vida de este sacerdote eminente. Ella habria podido escribirse fácilmente en veinte páginas, si M. de Blanche no hubiera querido presentar al lector una idea clara i distinta del estado de la España en el tiempo en que vivió Balmes, i hacer comprender perfectamente las dificultades políticas a las cuales ensayó preparar una solucion, en algunas de las publicaciones que se le deben. Las esplicaciones que da con respecto a esto el traductor son perfectamente claras, i nosotros por nuestra parte nos congratulamos con él porque en muchos puntos ha acertado a desenmarañar la enredada madeja de la guerra civil i de los matrimonios españoles.

Nada mas tierno, por otra parte, que los detalles intimos reproducidos por M. de Blanche sobre Balmes, su familia, sus amistades; nada que haga mejor ver cómo la España, *saturada de cristianismo práctico*, sirviendonos de una expresion exactísima del autor, ha sabido conservar la superioridad sobre nosotros.

Jaime Balmes nació el 28 de agosto de 1810 en Vich, pequeña ciudad de Cataluña. Sus padres eran pobres artesanos, pero buenos cristianos; su madre era severa, pero piadosa; todo esto contribuyó a auxiliar las buenas disposiciones que mostro desde la infancia. Existian en Vich, como en muchas otras cortas ciudades de España, una escuela i un seminario fundados por la caridad católica. Balmes entró en aquellos establecimientos i se distinguió en ellos. Con el fin de auxiliarlo, a los 14 años de su edad se proveyo en él un beneficio que, aunque de escasa renta, le permitió ir a estudiar a Cervera, ciudad mas importante, en donde habia una Universidad fundada de la misma manera que la escuela de Vich. En enero de 1833, a la edad de 23 años, sostuvo Balmes un concurso para obtener la prebenda de canónigo majistral, porque es todavía un uso jeneral i antiquísimo en ese país tan

estrado de España, proveer en concurso las plazas de este género. Ellas son allí la recompensa del saber i de la elocuencia, tanto como de la piedad i de la virtud. El joven Balmes asombró a su auditorio. El canoncato se confirió a su concurrente Don Jaime Soler, de edad mas madura que la suya, Balmes de ser mas tarde uno de sus mas firmes amigos; pero la reputacion del joven licenciado no le fue de adquirir por esto ménos brillo. Poco despues fue llamado a recibir el presbiterado para el cual se preparó con ejercicios de cien dias, como si se preparara el venerable obispo de Vich, su profesor. Despues de ordenado le preguntó el obispo: «¿Tu qué quieres?»—«Ilustrísimo señor un cátedra», respondió Balmes.—«Vete a la Universidad a estudiar.»

Estudió con tanto teson apesar de lo delicado de su salud i de los temores que inspiraba desde entonces la enfermedad de pecho de que debia morir, que, en febrero de 1835, se opuso con otros muchos rivales a un diploma de honor gratuito, que cada año adjudicaba la Universidad al mas brillante de sus alumnos; Balmes lo obtuvo. El obtuvo tambien en 1837 una cátedra de matemáticas en su ciudad natal. La guerra civil estaba entonces en su punto. La lucha de los Cristinos i de las Carlistas proseguia con violencia. A veces el ruido de las armas se oia resonar hasta dentro del retiro en donde Balmes reunia los jóvenes estudiantes de Vich. De repente el toque de alarma o la jenerala interrumpia su leccion. Si era posible continuar, continuaba, segun nos lo dice él mismo; sino, disculpaba i profesor se levantaban i regresaban pacíficamente a sus casas. Balmes en la suya no estaba ocioso. La distribucion de su tiempo era sumamente metódica, i sus placeres se reducian a la comunicacion íntima con cinco o seis amigos. Escrupuloso observador de las menores obligaciones de su sagrado ministerio, adquiria en las prácticas de la religion el vigor que desplegaba despues en sus trabajos intelectuales. A menudo le sucedia, i con particularidad durante las noches de invierno, pasar muchas horas en meditacion, solo i a oscuras. Asi como, (decia él) la digestion de los alimentos corporales exige cierto tiempo, del mismo modo cada hora de lectura, para producir su fruto, debe ser seguida de muchas horas de meditacion i de discusion interna. En cuanto a su fisico, este es el retrato que de él traza M. de Blanche: «Balmes era de estatura un poco superior a la mediana, de complexion debil i poco desarrollada. Su tez delicada i palida indicaba sufrimientos habituales, i aun su modo de andar revelaba una salud estenuada. No se le podia mirar sin sentirse atraido hacia él por una especie de atractivo doloroso. Sin embargo, esta apariencia de languidez esparcida sobre todo su ser, estaba combatida por el fuego que brillaba en sus miradas. En su frente, en sus labios se veia impresa esa energia que revelaban tambien sus ojos negros hundidos, animados de un brillo extraordinario. La expresion de su fisonomia era un conjunto de vivacidad, de candor, de melancolia, de fuerza de alma. En compania de los que disfrutaban de su amistad o su confianza, su rostro se dilataba i dejaba entrever la pureza del corazon. Por el contrario, en presenecia de los desconocidos ese mismo rostro parecia encubrirse con un velo impenetrable.»

A principios del año de 1839, a consecuencia de una especie de concurso abierto por un diario de Madrid, Balmes habia trabajado un escrito sobre el celibato eclesiástico. Este escrito fué juzgado digno de publicarse, i desde este primer ensayo su autor no abandonó en adelante la carrera de publicista. El hizo de su vida dos partes, consagradas, la una a la defensa de la religion católica contra el protestantismo i la filosofia incrédula, i la otra a los esfuerzos para procurar una reconciliacion entre los dos principales partidos pó-

líticos que dividian la España. En todas sus obras así en las periódicas como en las demas, en Barcelona como en Madrid, en la *Revista la Sociedad*, así como en el *Diario el Pensamiento de la nacion*, en el *Protestantismo comparado con el Catolicismo* como en sus *Consideraciones políticas sobre la situacion*, se propuso siempre hasta su muerte, este doble objeto: la ortodoxia en religion, la conciliacion en política. Al lado de las obras principales que acabamos de citar, junto con su tratado de *Filosofia fundamental*, su *Crítico*, sus *Cartas a un escéptico*, no se desdeñaba de escribir obras elementales, destinadas a vulgarizar mas las ideas que creia útiles i que habia emitido revestidas de una forma mas sublime. Para esto publicaba una especie de catecismo titulado: *La religion puesta al alcance de los niños* i un *Curso elemental de Filosofia*, al mismo tiempo que en su periódico cotidiano defendia su valiente pluma la vieja monarquía española, e insistia en proponer la union del Conde de Montemolín i de Isabel, único medio, en su concepto, de lograr la fusion de los dos grandes partidos monárquicos que dividian la España. No se crea por esto que él fué idólatra de la monarquía i que como principio lo prefiriese siempre para todas partes. Pero en su opinion la monarquía habia conservado en España un gran prestigio que seria tan peligroso desmoronar, como importante utilizar. Sin embargo, aun en la misma España le parecia que el principio religioso prevalecia mucho en solidez i energia sobre el principio monárquico, i en varias páginas traducidas por M. de Blanche demuestra perfectamente que en diversas ocasiones aquel país ha debido su salvacion al catolicismo solo, que casi exclusivamente constituye sus instituciones, sus costumbres i sus leyes. Por manera que, en el fondo, así para él como para nosotros, la cuestion política es realmente una cuestion secundaria; la cuestion religiosa domina a todas las demas. «Dios, dice en cierto lugar, no ha hecho la sociedad tan estéril que no pueda gobernarse sino de una sola manera i segun un solo sistema. Con tal que se conserven ciertos principios tutelares indispensables a todo estado social, la razon, la historia i la esperiencia nos enseñan que puede establecerse un gobierno conveniente a los intereses i al reposo de los pueblos bajo tales o cuales formas, diferentes las unas de las otras.» Nada mas exacto: i esos principios tutelares indispensables a todo estado social, son los principios de la religion católica. Pero, lo repetimos, conociendo Balmes las condiciones particulares en que se encuentra España, profesaba abiertamente la opinion de que su Patria solo podia salvarse permaneciendo fiel a sus viejas tradiciones monárquicas, al mismo tiempo que a su religion....

Cuando Balmes supo el matrimonio de la Reina con el Infante Don Francisco de Asis, se le llenaron los ojos de lágrimas: «jamás, decia mas tarde, me habia imaginado tener un dia tan amargo como aquel en que se me anunció el matrimonio de la Reina. Se acabó para siempre la única esperanza que nos quedaba.» Despues hablando del Rei de los Franceses añadia: «Este indiscreto Soberano contribuyendo como lo ha hecho al matrimonio de nuestra Reina, ha firmado él mismo su sentencia de muerte.»

Desde este momento (a fines de 1846) cesó el diario que publicaba en Madrid. Balmes continuo los tranquilos estudios filosóficos que antes no le habia permitido la política seguir exclusivamente, i al fin de su carrera volvió por un momento a la arena para defender a Pio IX.

Por mucho tiempo habia vacilado en pronunciarse sobre la política nueva en aparicion, inaugurada en Roma por el Soberano Pontífice, política a la cual Pio IX permanece fiel, pero que está irrevocablemente decidido a no modificar en el sentido de la revolucion. Esta era una de aquellas cuestiones sobre las cuales acostumbraba decir: «Tengo sobre